

# UN GRANIZADO DE CAFÉ CON NATA

ALESSANDRA LAVAGNINO

EPÍLOGO DE LEONARDO SCIASCIA

«Una novela emblemática  
con tensión de relato policíaco»  
Leonardo Sciascia



Un granizado de café con nata es al tiempo un intenso drama psicológico, una fábula y un *thriller* lleno de tensión, que retrata con gran lirismo un mundo en el que la mayor virtud es no decir nada. Fue Leonardo Sciascia, fascinado por esta novela siciliana, quien propuso a la prestigiosa editorial Sellerio que la publicase. La edición incluye un epílogo de Sciascia. ¿Cómo sería perder la habilidad de mentir? ¿Y si eres una mujer siciliana, en una sociedad fundada en el silencio de la omertà mafiosa y en el secretismo interiorizado de las mujeres? Es lo que ocurre en esta novela, donde Agata Avolio, una mujer de clase alta y vida privilegiada, se vuelve, tras un trauma craneal, irresistiblemente sincera: lo cuenta todo sobre su familia, sobre ciertos tráficoos que tienen lugar en su región, y sobre las pequeñas y grandes mentiras que la trama del tiempo ha amasado inextricablemente con el resto de componentes de la vida. La singularidad de la situación es que la propia Agata, una persona culta y civilizada, éticamente comprometida con su trabajo y su vida, no consigue aceptar moral y cognoscitivamente su propia sinceridad. Su incapacidad para mentir se topa de bruces con la Iglesia, con las antiguas creencias sicilianas y con la Mafia, que castigan duramente a Agata y a su familia. Una historia extraña, entre la fábula y la novela policíaca, deliciosamente elusiva y, por tanto, literaria.

*... I leave eternity to Thee;  
for what is man that he should  
live out the lifetime of his God?*

Melville, *Moby Dick*, IX

La autora desea aclarar que los personajes y hechos de esta novela, aun pareciéndose a modelos reales, son imaginarios, del mismo modo que son inventados los topónimos.

TAMBIÉN ESTA NOCHE LORENZO ha estado paseándose por la terraza con los pies descalzos. Ella, Vènera, no sospecha que él ande nunca descalzo. Pero ha vuelto a hacerlo en los últimos tiempos, como cuando tenía pocos años y ella tenía que volver a ponerle las sandalias diez, veinte veces al día, con paciencia de animal testarudo. Sandalias romanas. Las tuvo buenas —y recuerda su sonrisa—, y otras que le hacían llagas. Él se las quitaba, ella volvía a ponérselas. Él me contaba estas cosas cuando aún me hablaba. Ahora vuelvo a pensar en ellas en nuestro silencio.

Lorenzo pisa el solado de la terraza, ya sin esmalte salvo en los bordes y junto al muro de la casa, pisa las grandes hojas del ficus: tenaces, puntiagudas, relucientes, sin polvo; y los frutos redondos —caídos, rebotados, arrollados— que hacen daño al pisarlos. Lorenzo es mi marido y yo lo amo.

Ella duerme tras las contraventanas cerradas, inmóvil y con las manos cruzadas sobre el pecho. Se despertará a las seis en la oscuridad de la habitación completamente cerrada y abrirá las altísimas contraventanas con dos golpes de hombro. De ese modo comienza el día. Siempre ha dormido sus ocho horas, desde las diez hasta las seis, encerrada en su habitación como en una cajita que contuviese la cantidad exacta de oxígeno para su sueño compacto. No ronca. Me he preguntado si duerme, he buscado en la memoria relatos de sueños suyos: nada. La quiero, a Vènera. Es ella quien protege nuestra jornada, quien diariamente nos salva.

Giovanni me trae las noticias de Pietramena. Ahora ya casi siempre está allí, y si viene a nuestra casa es sólo por afecto. Él y yo hablamos, ahora, como antes no hubiéramos sabido hacerlo. Ha envejecido; tiene muchas canas, mi hermano menor. Yo no, yo tengo aún el pelo completamente negro, y no he afeado, aunque mi marido ya no me toca. La última vez fue en Falconiere, y después pensé que me había quedado embarazada; pero no era cierto.

Las noticias de Pietramena son siempre las mismas: nuestro padre que arrastra las zapatillas y no habla, jadeando por la boca que huele a vacío, nuestra madre que se ocupa de todo, mete prisa a Giovanni y le explica los trabajos del campo, qué comprar, qué vender; así será mientras viva. Mi madre le proporciona aún a mi padre el tiempo y las estaciones con los frutos: mandarinas, naranjas, nísperos, cerezas, albaricoques, melocotones, higos, uvas, y así todo el año. Nunca vuelve atrás, nunca le da una naranja cuando ya es tiempo de nísperos o de cerezas, «que, si no, se confunde, pobrecito»<sup>[1]</sup>, le ha dicho a Giovanni. También ellos, madre e hijo, se entienden mejor ahora. Yo ya no voy nunca a Pietramena. Para «no confundirlo», a mi padre, después de haberle provocado la ruina.

Recuerdo cada instante de aquella mañana. Cómo al despertarme fijé los ojos en el cuadro de Maccari<sup>[2]</sup> que había costado setecientas mil liras y pensé: esta tarde lo quito de ahí, y cómo sabía que tampoco aquella vez lo haría. Y los olores; y los ruidos. Los pequeños ruidos que hacía Lorenzo al afeitarse. ¿Me gustaban? Creo que sí. Y luego aquellos otros, provenientes de la cocina, el rítmico frotar de los paños doblados y agitados, frotados y espumeantes contra la mesita acanalada por brazos incansables, enrojecidos hasta los codos, y, casi más humano, el canto del agua en el recipiente de zinc: cada vez más lleno y más alto, y que entre tanto acababa por dejar el lamento sutil del grifo roto. Lunes.

Ella lava. La línea de la espalda continúa recta por la nuca hasta llegar al pequeño moño de cabellos pelirrojos. Lava volviendo la espalda a la lavadora inactiva. Lo ve, lo sabe todo desde 1908, cuando, con pocos meses, la sacaron de entre las ruinas de Messina. La criaron en el norte, y su formación me resulta ajena; los lugares, los hechos que recuerda, yo no los conozco. Fue la madre de Lorenzo quien la trajo de nuevo consigo a esta isla para que criase a su hijo. Ahora cría al mío. Nunca olvida nada. Pero en el tiempo del que todo lo conoce falta una fecha: no sabe qué día nació.

Lava todos los lunes desde las seis hasta las diez, con los pies descalzos, ya sea verano o invierno, sobre el suelo de plástico rígido con su sonido áspero y vacío. No canta.

Hora de levantarse. El niño dormido estaba acostado adaptado a la curva de mi cuerpo, con una piernecita caliente sobre uno de mis muslos. No me había dado cuenta de cuándo había llegado, descalzo, después de haber saltado el listón de la cuna. Retirémosle el listón, había dicho Lorenzo otras veces. Aún no, decía yo, temerosa de que retirarlo significase hacerlo crecer más rápido, demasiado. Sin embargo, a veces deseaba que creciera de pronto. «¿Y tú todavía duermes en la cama de mamá?», le había preguntado mi madre. «No», dije yo. «Sí», replicó él, con una mirada fiera a su abuela y otra sorprendida, incrédula, dirigida a mí, que me había sonrojado.

Retiré la pierna del niño y me levanté. Aún me quedé un rato escuchando los sonidos de la casa; y vino la prisa loca de que pasase el día y pasase la noche y fuera la mañana de mañana: el mismo momento pero al día siguiente. Apretujé al niño contra mí, arrepentida de pronto de haberlo hecho suspirar.

Pero Giugiù no se había despertado. Tras los párpados un poco entreabiertos el azul de la córnea tembló apenas

un poco y sus brazos volvieron a caer pesados sobre la almohada. Me dejé caer sentada y entonces apareció el mechón de pelo, oscuro y desenfocado, en el espejo de la pared de enfrente. Del XVIII, medio millón. Colgado demasiado alto, observando siempre la pared y el crucifijo y sólo por la mañana, por un instante, mis cabellos descompuestos. Pero aquél no lo hubiera descolgado nunca.

Entré en el baño cuando salió Lorenzo y bebí un trago del grifo. Años antes iba a la cocina a hacer el café y: «¿Qué quiere?», preguntaba ella, y: «Hubiera hecho yo el café, de haberlo sabido». De modo que ya no había vuelto a entrar en la cocina.

Ya en la gran acera polvorienta de la plaza grande me disgustó sentirme libre. Siempre igual. Había cerrado la pesada portezuela bajo el bisel de vidrio, había dejado al niño. Me fui durante cuatro horas. Con el olor de los pinos, que habían perdido ya algo de verdor en la polvareda estival, se mezclaban los olores que mayo no olvida. La gran iglesia de los Remedios devolvía soles dorados de caliza opaca. Caminaba junto a la casa —persianas aún bajadas—, que se alza del otro lado, más allá de las hojas del ficus, bajo las encinas y, enfrente, las araucarias prehistóricas. Allí llevaba al niño. «Con tanto sol en casa, no entiendo qué necesidad hay de llevarlo a ningún lado», decía ella. Salía igualmente, pero furtiva y en silencio, atenta a los movimientos y a los ruidos superfluos —como en la cocina—, y hasta que no me encontraba lejos de la casa no era capaz de hablarle al niño. Muchas veces no había llegado a salir. Otras, que ella había dicho: «¡Con este viento!», había regresado precipitada y culpable con el niño en brazos.

Era hermoso que para entrar en casa hubiera que dar toda aquella vuelta, hermoso que la entrada fuese pequeña y que bajo los árboles no se vieran las ventanas. Las veces que con el cochecito había llegado bajo las ventanas y la

terrazza no había alzado la mirada. «Os he visto, vosotros a mí no», decía ella luego, de modo que su mirada la sentía siempre, amenazante, penetrando entre las ramas. Fue por aquella mirada que, cuatro años después del nacimiento del niño, había vuelto a trabajar fuera, no por necesidad de dinero.

«Haces bien, haces bien; si no, todo lo que has estudiado, ¡todo perdido!», había dicho mi madre; vestida de negro, pequeña, de cabellos peinados sencillamente. «Haces bien, haces bien», había dicho mi padre, que hablaba siempre de nosotros como si no estuviéramos presentes; hundió las comisuras de los labios, como asintiendo. «¿Tú qué opinas?», le había preguntado, ya antes, a Lorenzo. «Buena idea», había dicho. «Te compraré un coche, un 500, por lo menos...». Dije que no, que la fábrica estaba cerca. «Caminar un cuarto de hora me vendrá bien», dije, aunque era más de un cuarto de hora. Aquella noche había llorado, y desde entonces tenía siempre prisa: prisa porque el tiempo pasase, sed de consumir pronto aquellos años míos. Pero no en el laboratorio: allí el tiempo era distinto, yo era otra.

Caminaba, primero, junto a la verja de la casa. Sé que aquella mañana me detuve a la altura de la entrada, con un largo suspiro. Giugiù está en el capazo a esta hora, come la papilla que le da Vènera mientras silba con cada cucharada; ahora está de pie sobre la sillita con los bracitos enjabonados y las mangas del mandilón están empapadas, está empapado todo el mandilón y la camiseta y los calzoncillos, y su barriguita está helada. Le entra diarrea.

Caminar con la conciencia dolorida. Prisa porque el niño vaya a la escuela: dejarlo en la escuela ya no será dejarlo sin mí. El año entrante irá ya a la guardería. Dirán: bueno, estar con los otros pequeñuelos le irá bien. Sólo ella dirá: con lo bien que está en casa, no lo entiendo. Después, con cada enfermedad —sarampión, varicela, etcétera—, dirá: tan pequeño y ya a la escuela, normal que lo pille todo. Prisa por poder hablar con él, los dos por la calle. En casa,

siempre que le hable al niño, sé lo que dirá siempre Vènera. Y ella dice siempre esas mismas palabras, o bien: «¡Justo!». Yo pienso siempre en Vènera. Sólo en el laboratorio dejo de hacerlo, allí me olvido de ella. Pero me olvido también de mi hijo.

La carretera a la fábrica, inacabada, tenía dos bordes de acera blanca, dos largos escalones solitarios arrojados entre el asfalto y el campo.

Las nueve y diez: tarde. Penetré en aquel viejo olor hecho de olores desagradables que a mí sin embargo me gustaba. Sferlazza leía el Sicilia abierto de par en par sobre la mesa. «Buenos días, doctora». «Buenos días».

Todo el pasillo sonoro —¿largo? ¿Breve? No alcanzaba a distinguirlo— hasta la taquilla metálica. «Doctora Avolio», decía el cartelito. Lo miraba mientras hacía girar la llave. Me puse la bata, aquel sencillo cambio de vestimenta que tantas cosas cambiaba en mí, entré en el aire perfumado de mi estudio-laboratorio, que amaba. No he vuelto a estar allí dentro, no he vuelto a ver el escritorio, las tablas de mármol con la balanza y la toma del gas, mi microscopio de disección, mi lavabo, la pastilla de jabón gastada. Aquella mañana observé sobre el escritorio los apuntes que el día antes me había dejado a mí misma, después llené de agua la probeta que tenía para ello, regué las plantas —la siempreviva y el culantrillo— y después tomé las llaves del armario de las sustancias.

La cabina de las moscas se encontraba en medio del patio y lo ocupaba casi por completo. Allí la luz era blanquísima, y era recluso, perpetuo, el murmullo de las moscas; como un inacabable mediodía de verano. Las jaulas estaban en filas sobre las estanterías, blancas, un poco inclinadas a fin de ofrecer a la vista una pared de vidrio y el lado con la manga de tela en la que introducir y tocar los bebederos, el azúcar, la leche. Miré todas las jaulas, las cepas débiles y las resistentes, para asegurarme de que los insectos

tos estuvieran bien. Siempre tenía miedo de una infección de mantis; el último otoño me había diezclado dos cepas.

Las moscas estaban bien; nacían las primeras de la nueva generación de un par de cepas, aún pálidas y débiles. Controlé la temperatura y la humedad, las registré. Tomé los bebederos de algunas jaulas, los limpié, los rellené, los volví a poner en su sitio. Después pasé a las larvas. Corregí algunos pastos, preparé otros y mudé de sitio huevos y larvas neonatas. Puestas sobre el pasto nuevo, las pequeñas, molestas por la luz, se agitaron vivaces y se escondieron debajo, ocultándose a la vista. Removí el pasto con la espátula para hacer reaparecer aquí y allá larvas excitadísimas — ya conoces este gesto mío— y luego dejé en orden los cuencos. Anoté las nuevas roturas. En pie, cantaba: satisfecha, tal vez feliz.

«¡Doctora, al teléfono!». Me sobresalté, dejé abierto el libro de registro y salí a la carrera, pensando: ¡el niño! Pero no era ella. Era Melina, la dulce voz de Melina. Súbitamente recompuesta pero aún intranquila, me senté. Melina dijo muchas palabras inútiles, palabras de disculpa, ceremoniosas, y después: «Debo verte. ¿Puedo acercarme? Discúlpame...». Pensé con rapidez: los tratamientos por hacer, Martelli fuera, la secretaria de baja por enfermedad... Le dije: «Te espero». Dulce, hábil, Melina me dio las gracias. Quién sabe qué querrá. Una recomendación, pensé.

Volví con las moscas, hice los preparativos para los tratamientos: en fila los tubos tratados, en fila, preparadas, las jaulas para trasladar después a las moscas y las hojas en las que escribir...

La puerta se abrió sin que hubiera oído sus pasos. Era Merendino; zapatos con suela de goma. Me saludó como un perro que mueve la cola, mostrando los dientes. Las manos a la espalda, miró las jaulas de las moscas con interés de pésimo actor. Después se dispuso a sentarse. Sus zapatos eran marrones y blancos, con puntera. Todavía existen estos zapatos, recuerdo que pensé. Dijo:

—¿Todo bien? ¿Algo interesante por aquí?

—Algún tratamiento —creo que respondí.

—¿Sustancias nuevas?

—No, se trata de tratamientos de selección de nuestras cepas resistentes.

—¿Y qué tal el Pirenone? ¿Sigue siendo como un caño-nazo?

—Sí, sigue siendo el más fuerte.

—Bien. Escuche, quería preguntarle si tenemos aún Paramonobromo.

—Sí, tenemos. Está en el almacén.

Entonces dijo: «Tendría que hacerme un favor. Tome un poco de nuestro CoSiNa y añada un... Digamos un cinco por ciento de Paramonobromo. Y también un diez por ciento. Y luego infórmeme de la respuesta de las moscas. También la respuesta de la cepa Pirenone».

Dije: «¿La respuesta de las moscas después de cuánto tiempo?».

—Doctora, me ha entendido a la perfección. Querría aumentar la acción residual del CoSiNa.

—Pero el Paramonobromo no es nuestro. Quiero decir que es un producto de Spaidep.

—Usted haga lo que le he dicho. Y no hable de esto con nadie, por ahora. Después le damos la sorpresa al jefe. Los resultados muéstremelos a mí.

Y se marchó. Me quedé mirando la puerta. No era la primera vez que Merendino intentaba falsificar una formulación. Naturalmente el CoSiNa enriquecido con Paramonobromo hubiera tenido una acción residual altísima, parecida seguramente a la del Dieldrin, si no incluso a la del DDT, más allá de la ya de por sí buena acción fumigadora. Pero ya no sería CoSiNa. Le habrían cambiado el nombre, lo habrían llamado «Nuevo CoSiNa» o algo por el estilo. Pero ¿qué habrían declarado en el registro? ¿O hubieran seguido adelante sin el registro?

Oí llegar a Melina y supe que traía los zapatos azules. Los zapatos azules de Melina, no vistos aún, se sobrepusieron al Paramonobromo. Fui a su encuentro. No llevaba pendientes e iba despeinada. Rito del doble beso en el aire, mejilla a mejilla, después Melina, con su voz verdadera, no aquélla del teléfono, debo hablar contigo, me dijo. Me siguió a la cabina de las moscas, pero se abstuvo del habitual comentario sobre los «pobres bichos enjaulados». Se sentó en el único taburete, el mismo en el que poco antes se había sentado Merendino.

—Dime qué ocurre —le pregunté.

—Enseguida. Tú trabaja, no quiero molestarte. No te preocupes por mí. —Una extraña Melina.

Aspiraba las moscas con el capturador, las contaba a ojo, las soplabo dulcemente en los tubos de tratamiento. Cada vez consignaba el nombre de la cepa, el insecticida y la hora de entrada en el tubo. Trabajaba en silencio, y puede que ya no pensase en Melina, sino de nuevo en el Paramonobromo. Entonces Melina comenzó a hablar.

«Ayer por la tarde fui al centro a hacer unos cuantos recados. Zapatos —no éstos, éstos ya los conocías—, la lancha de goma para Giuseppe, que ya la había elegido y se la había prometido por su cumpleaños, espuma para rellenar dos colchones, otras cosas. Caminé mucho y estaba cansada. Y entonces hice algo que no había hecho nunca: iba andando y entré en un bar. Para sentarme. Aunque estaba sola, sólo para sentarme, de cansada que estaba. Pedí un granizado. Había uno que jugaba a la máquina, una de éstas con luces y timbres. Él jugaba, yo tomaba el granizado de limón. Entonces vi quién era».

Quieta, con el capturador en la mano, los brazos caídos, no pregunté. La respuesta vino por sí sola.

—Era Giovanni.

—¿Qué Giovanni?

—¿Cómo que «qué Giovanni»? Tu hermano. Mi marido.

Melina movía la cabeza arriba y abajo, seria, con ojos perrunos. Dije: «¿Jugaba a la máquina? ¿Estás segura de que era él?» a sabiendas de que hacía una pregunta así tan sólo para ganar tiempo.

«Me quedé mirándolo al menos durante un cuarto de hora. Los gestos. ¡Los gestos! Se enfadaba mucho. Aferrado con las dos manos a aquel cacharro, meneaba el culo — perdona el vocabulario—, y la espalda, en cambio, la mantenía firme, hermosa, alta, dura. Una cosa indecente. Giovanni, ¿lo has entendido? ¡Giovanni!».

Nos quedamos las dos en silencio. «Pero...», dije, y me detuve.

Melina se balanceaba en el pequeño taburete metálico a la derecha, a la izquierda, con las manos pegadas a las rodillas: sus hermosas manos blancas, grandes, ensortijadas. Se meneaba de aquella manera, con las piernas un poco estiradas, como una viuda de pueblo.

«¿Me estás escuchando? Él seguía... jugando, y se enfadaba todo el tiempo. ¡Que si era él! La ropa, el cuello, los cabellos, las manos. ¡Que si era él! Sus movimientos eran tan rápidos, bajo la chaqueta, que la chaqueta no se movía y sobre ella podían estarse quietas las moscas. No estas moscas tuyas, que éstas son limpias y comen azúcar y leche condensada. Tres asquerosas moscas de ciudad estaban sobre su chaqueta, quietecitas. Una más paseaba, volaba, volvía a posarse. Qué asco. Y qué vergüenza. Si lo viera su hijo, pensé».

«O su padre», murmuré. No pensaba en otra cosa desde hacía un rato. Su padre, nuestro padre. Su padre, que, cuando Giovanni era un niño, una vez lo había pillado jugando a las cartas y había dicho: «Lo mato».

—Qué vergüenza, Agata, qué vergüenza. Él irritándose de aquella manera y las moscas allí quietas. Por la noche, en casa, lo miraba. Yo en la cama, y él desvestiéndose. Hablaba. Me contaba de uno que le ha pedido los cálculos de

un cemento armado, ahora con la ley antisísmica ha cambiado todo, lo dicen todos, y hablaba, hablaba...

—Lo ves, Melina, te cuenta, te habla... —murmuré.

—Sí, me habla. No me hagas reír. Hablaba, ¿cómo no? Yo lo miraba y me parecía... ¡qué sé yo! Un marciano. O a lo mejor la marciana era yo, y lo había soñado todo, toda la tarde, el bar, el granizado de limón, y la máquina y los timbres. Caro lo pagué, el granizado. El resto, te lo aseguro, el resto lo he olvidado por completo, todo lo que me ha hecho durante los últimos dieciséis años lo he olvidado. Pero la máquina, ¿cómo se olvida una de la máquina?

Volvió el silencio. Después Melina sonrió, una de sus sonrisas hábiles pero a la vez dulces y sinceras, una sonrisa que pretendía, como tantas otras veces, volver a ponerlo todo en su sitio. Y se levantó.

«Bueno, basta. Te he contado una historia desagradable. No me hagas caso. Ahora me voy, tengo que ir a buscar al niño. Gracias por tu paciencia, hablamos».

Nos besamos, y la viuda de pueblo desapareció.

Melina se fue, sólo un poco gruesa, con el traje de chaqueta de señora de bien, a buscar a su niño. Un niño de quince años que medía un metro ochenta, bigotudo.

Me quedé observando la puerta cerrada, volví a las moscas. Dos pruebas se habían pasado de tiempo, tendría que repetir las al día siguiente. Traspasadas a las jaulas de permanencia, muchas se quedaron al dorso, pero no las encontré a todas muertas al día siguiente. Otras que sin embargo volaban cayeron para no volver a levantarse. En las jaulas puse agua y azúcar; retiré los tubos usados para los tratamientos.

Después volví a escribir la experiencia de la mañana. Poca cosa, después de todo. En la lejanía volvió a aparecer el Paramonobromo. Y de nuevo Melina, Melina resignada a tantas cosas, pero no a la máquina. Cómico, quizás. La sombra de nuestro padre tras la máquina de Giovanni. Todos los años en el pueblo, los años de nuestra infancia; y